

## Y volví a elegirlos

**Diana Racioppi**

Mi hijo crecía y decidí estar más cerca físicamente de él. Después de dos años de madrugadas, viajes en tren, colectivos, mucho frío, cansancio y tristeza por lo que dejaba, tramité un servicio provisorio en mis horas de Ciencias Naturales, argumentando unidad familiar, en el mismo distrito donde a la noche cumplía con un cargo directivo. El trámite fue cruento, larguísimo y acompañado por esa sensación de que me daban, de favor supremo, algo por derecho merecido y ganado.

Llegué a mi nuevo destino sobre la hora; la puerta, muy grande, estaba cerrada con llave. El portón era azul, grande, no se veía madera por ningún lado y esperé. Di un paso atrás y vi el muro, frío, con esa gran puerta sin vidrio, como tapando lo que adentro sucedía; frío, todo frío, sin esa madera que siempre me ha dado calor (como me lo daba mi abuelo carpintero).

A mi alrededor padres y alumnos, como yo, esperando para entrar, pero en ese instante no les presté atención. Mientras esperaba pensaba que el viaje en la línea 10 no había sido muy largo, sin embargo la espera sí lo era.

Estaba en Avellaneda, Avda. Mitre, a pocas cuadras, pero ese barrio, tan distinto...Se abrió la puerta y vi el patio grande, nada más. Me recibió la directora, con quien en ese momento no hablé mucho porque era tarde. Seguí hasta el fondo donde me informaron que estaba el tercer ciclo, mientras se me cruzaban chiquitos hacia sus aulas, pero tampoco registré detalles de ellos esa mañana.

Me interceptó la preceptora (que contrastaba porque parecía Susana Giménez); estaba con una docente y mientras me recibían afectuosamente escuché estas palabras:

*-"Que se queden los más buenitos, con ellos no hay nada que hacer, estos chicos son un desastre".*

*"Con ellos no hay nada que hacer"* y con la mirada marcaba a mis nuevos alumnos. Eso me dijeron, pero yo entendí: nosotros no sabemos qué hacer, no sabemos cómo hacer

para enseñarles, no podemos. En cambio, yo estaba y estoy convencida de que todos los chicos pueden aprender, inclusive esos que fueron mis alumnos.

Supe después, que debería encontrar otro punto de partida, un modo de llegar a ellos desde otros lugares, debería conocerlos, tendría que establecer una relación muy particular, porque si no, los conocimientos no se harían presentes. Otra vez apareció un nuevo desafío (situación reiterada en mi práctica).

Dentro de mi "hiperoptimismo pedagógico" creí que podría enfrentar todas las situaciones y lo más grave fue que sentí que podría resolver la totalidad de los problemas. En fin, trabajé (y sigo trabajando) *resistiendo las constantes políticas de exclusión*. Entonces, mi optimismo y no solo el pedagógico, se volvieron frágiles como un papel.

Percibí que en esa escuela, como en tantas otras, se seguía esperando al alumno con ciertas condiciones, con determinados saberes previos, con "cultura", con un lenguaje pertinente y una familia que acompañe. Pero esos adolescentes que me esperaban en el aula, eran evidentemente distintos a todo eso, con diferencias significativas porque las condiciones de vida los golpeaban a diario.

Volví a mirar el patio en toda su dimensión y mi pueblo y mi niñez de patios grandes y risas fuertes, aparecieron bajo el sol, pero esos alumnos no eran los chicos de mi niñez y ni siquiera parecía el mismo Sol.

Y entonces sí, vi las paredes pintadas, las puertas rotas, las ventanas sin vidrios y me di cuenta de lo que había conseguido por haber pedido un servicio por unidad familiar.

En ese preciso instante recordé frases:

- *"Estas horas hace mucho tiempo que están sin cubrir"*.
- *"A esa escuela nadie quiere ir"*.

Y algunas explicaciones empezaron a aparecer.

Abrí la puerta, despintada, sucia y rota, vi jóvenes pegándose, mochilas tiradas, todo sucio, desordenado y una visible agitación traducida en ruidos de sillas y escritorios que se golpeaban, hasta uno voló al patio por la ausente ventana; todo sin luz, entre las sombras.

Miré las paredes, escritas con groserías, nombres mezclados con adjetivos, no había luz, habían roto los portalámparas y me di cuenta de que algunos alumnos salían por un costado, insultando a otros de octavo año, en el aula de al lado. Esperé, intenté retenerlos, pero rechazaron violentamente mi contacto físico, que fue como una caricia, nada brusco. Seguí esperando, entraron de a uno y se fueron sentando mientras en su

camino escupían, sacaban lápices y lapiceras a sus compañeros, pegaban con reglas y nadie se quejaba para no ser golpeado nuevamente.

Cuando decidieron sentarse, apareció una auxiliar con el mate cocido. Se generó el caos: pelearon por los vasos, insultaron a la auxiliar porque no les daba más que un pan a cada uno, volcaron el mate cocido caliente mientras se servían y luego se sentaron a tomar, poco a poco, y a comer, previos hurtos de pan a algunos compañeros. Esto generó mi primera intervención, al modo de ellos: **VIOLENTAMENTE RESTITUI EL PAN A QUIEN LE CORRESPONDIA.**

Temblando, comencé a observarlos, visiblemente excitados comían y tomaban algo caliente **tenían hambre, casi todos;** y al sentirlos, se intensificó mi temblor.

Logré escuchar algunas frases, todas ajenas a las que esperaba para mis Ciencias Naturales, y llenas de ofensas hacia las pocas mujeres que había.

Trato de recordar de ese día algún gesto solidario o agradable, algo que no haya sido inesperado, y no lo encuentro.

Cuando intenté presentarme alguien pidió ir al baño, mientras me preguntaba si yo tenía auto (según me contó después, era él quien daña los autos de los maestros). No le di permiso para ir al baño y se me acercó peligrosamente alterado; descubrí luego que no podía controlarse, ni física ni emocionalmente. Me enfrento mal, entonces insistí con el no; tardó, pero se tranquilizó y volvió a su lugar, por supuesto pegándole a otros mientras retornaba a su silla.

Hablé, balbuceé, algunos me escucharon, grité, me dieron sus nombres y direcciones. Entre risas y acotaciones como chorro, puta, trolo, gato, descubrí que la mayoría venía de La Tranquila, *-“la que sale todos los días en la tele”-* dijeron varios al mismo tiempo.

Entró la preceptora a tomar asistencia y me hacía comentarios de cada uno, sobre la familia ausente, dividida; hermanos multitudinarios y otras yerbas. Le pedí que se quedara, otro error. La agredieron por historias que parecían viejas; le decían Barbie, vieja, gato, hasta que se fue, pidiéndoles que por favor me respetaran.

Me iba impregnando la sensación patética del desprecio que los alumnos tenía por todo y por todos, indudable respuesta al intenso desprecio que otros sentían por ellos y por lo que de ellos venía.

Y yo ahí, parada en el medio de tanta desolación y desorden, atravesada por tantas realidades, pude sentirme alguien, con un propósito, con un fin.

Elegí intervenir como pudiera: mediar, ayudar y aportar. Comencé a modelar dentro de mí una realidad posible a construir.

Me pregunté: -¿qué hago con estos conocimientos sobre adolescentes y proceso de enseñanza que construí genuinamente dentro de las aulas y en mi formación sobre gestión de proyectos? (larga formación, vivida intensa y placenteramente en distintos ámbitos).

Supe que debía construir dentro del conjunto de normas, algunos códigos diferentes, pero donde quien ejerciera la autoridad no fuera discutido, tenía que consolidar mi rol.

Y trabajé desde esa nítida zona de incertidumbre, estableciendo, tibiamente al principio, las relaciones que luego fueron estratégicas sobre el poder tan discutido, que tenía cada uno en esa aula.

Aparecieron las condiciones y situaciones que permitieron el desarrollo de la capacidad de aprender en ellos y la mía de enseñar y aprender. Pudimos interpretar y transformar códigos culturales, históricos y socialmente producidos.

Todavía hoy aparece como una fotografía, la expresión en sus rostros cuando les propuse decidir juntos la selección de temas para aprender una secuencia consensuada e inmediatamente el desafío de construir una huerta. Se pararon todos, comenzaron a discutir sobre qué sembrar y hasta llegaron a armar una cadena de ventas con un previsible enriquecimiento económico.

Lo sentí, esta práctica de desconstrucción y construcción de formas sociales, ese movimiento contrario, de formas de interacción diferente, pero de autonomía, que necesité y necesito sentir.

Había emoción cada mañana, barro de la huerta y un alboroto desentonando con la dinámica escolar. Luego apareció el placer y les dije cada día, mientras los abrazaba, que los quería desde mis manos, que los tocaban, hasta mi corazón, que los elegía porque podía hacerlo. Pero el trabajo fue de todos, el aprendizaje era de todos y les dije que ya no seríamos como el primer día, que sin duda, seríamos mejores.

Algunos recuerdos de rechazo e intolerancia quedaron impresos y aunque supe que mi modelo de teoría tan firmemente internalizado, allí no servía, nunca pensé en irme.

¿Qué fue, qué es para mí este sitio?. Es la pregunta inicial mientras desando el camino. Desde aquel día me veo creciendo, pensando mis planes de aula, rompiendo papeles, deshaciendo proyectos, creciendo, buscando ayuda, soportes, contención,

respuestas, buscando, buscando mientras revisaba la psicología evolutiva, tratando de entender nuevamente la teoría psicoanalítica del desarrollo adolescente, creciendo, armándome y vuelta al principio, pero, sobre todo...aprendiendo con ellos.

Y volví a elegirlos, ese sí que era un **grupo clase distinto**, que me hizo distinta, que me volvió significativa, grande, sólida, íntegra.

Y cuando aprendieron a lavarse la cara y las manos y aceptaron higienizarse la boca al levantarse, y tomé cuenta de ello, me sentí docente como en ningún otro lugar, docente como yo quería ser.